

Desplazamiento en Colombia

PERSPECTIVAS DE GÉNERO

Nora Segura Escobar.¹



Luisa Posada

Metafóricamente el desplazamiento es el paréntesis que la violencia impone en el marco vital individual y familiar pero no opera en un vacío socio-político, tampoco implica la ruptura absoluta con el pasado ni es neutro a la luz de las estructuras y prácticas signadas por el género.

En este artículo se pretenden sugerir claves interpretativas, provocar miradas desprevenidas, formular líneas de trabajo y discusión en la convicción de que un conocimiento más completo de los dramas de la guerra y de sus víctimas, puede redundar en una mayor capacidad de la sociedad colombiana para actuar sobre sí misma.

¹ Socióloga, Investigadora-Consultora independiente, Profesora de la Universidad Externado de Colombia y ex-Profesora Titular de la Universidad del Valle.

El conflicto armado y la violencia que han permeado la vida colombiana en la segunda mitad del siglo, inevitablemente están en la base de múltiples y sucesivos procesos de fractura, descomposición y reestructuración de las comunidades agrarias y rurales. Las historias de expulsión y desarraigo constituyen un pasado común de millones de colombianos y su lógica implacable continua perfilando selectivamente las biografías individuales y familiares de las actuales generaciones.

De la denominada violencia partidista de mediados de siglo, que generó más de dos millones de “migrantes forzosos”,² estamos llegando a la vuelta de siglo a cerca de un millón de “desplazados” contados a partir de 1985.³ Aparte de las diferencias nominales, es claro que en comparación con el pasado, “el problema de los desplazados” hoy existe para la agenda pública nacional e internacional y se cuenta con un amplio repertorio de recursos jurídicos, organizativos y de información entre otros.⁴ Pero, es claro también, que la

violencia actual es incomparable con la de ayer en términos de la multiplicidad de actores, de los territorios comprometidos, del volumen de recursos económicos y tecnológicos, de la capacidad destructiva y de los niveles de degradación, de tal manera que hoy resultan más dramáticas las asimetrías entre los grupos armados y la población desarmada.

Desde mediados de los años 80, los ciclos de conflicto-violencia-desplazamiento presentan características más agudas en cuanto los distintos proyectos de control territorial se articulan con proyectos de despoblamiento-repoblamiento en la lógica paranoica de “quien no está conmigo está contra mí”.⁵

Los estudios de género

En el terreno analítico y en las propuestas de interpretación, los últimos años muestran una mayor abundancia de fuentes y de estudios que, presumiblemente, apuntan a una comprensión más precisa de las

“ ¡...Aquí uno se siente seguro porque si lo matan, lo matan y listo ! En cambio allá sacan la persona, la amarran y le dan con hacha, lo torturan, es una muerte muy cruel, le mochan a uno la cabeza, en cambio aquí son dos tiros y listo...”

Entrevista -Montería, 1995

dinámicas estructurales que subyacen al desplazamiento forzoso. Como es inevitable, aquí se expresan la diversidad ideológica, teórica y técnica de los analistas, las diferencias de enfoques, las miradas, alcances y límites inherentes a las disciplinas académicas involucradas, todo lo cual arroja un panorama muy desigual de desarrollo.⁶

En este punto vale destacar que aún cuando teóricamente es previsible y empíricamente constatable, el sexo y la edad son variables muy importantes frente al desplazamiento, este reconocimiento apenas comienza a orientar la recolección de la información y la oferta de servicios institucionales y, en mucho menor escala, a nutrir los niveles descriptivos e interpretativos. A la luz de estas preocupaciones en el presente trabajo se intenta ilustrar el

² VARGAS, Alejo V. “Conflicto armado interno en Colombia y Desplazamiento forzado”. Ponencia presentada en el Seminario ‘Desplazamiento forzado y conflicto social en Colombia’, Universidad Nacional, Bogotá, (noviembre de 1997).

³ ROJAS, Jorge. “Desplazamiento forzado, conflicto social y derechos humanos”. Ponencia presentada en el Seminario ‘Desplazamiento forzado y conflicto social en Colombia’, Universidad Nacional, Bogotá, (noviembre de 1997).

⁴ Según el Informe de Investigación titulado “Estructura familiar, niñez y conflicto armado” de (septiembre 2, 1997). p.27, el gasto del Estado colombiano para la atención de la población desplazada asciende a \$36.807.000.0000= de pesos mientras que la cobertura no alcanza al 25% de la población destinataria.

⁵ En algunos análisis de la confrontación política se peca, a mi juicio, de una visión excesivamente “objetivista” en la cual los componentes objetivos, el cálculo racional y los juegos de intereses estratégicos, ocupan toda la escena. Sería preciso hacerle espacio a las visiones fantasmales sobre el “otro”, el miedo y la hipertrofia de su poder como resortes de la irracional escalada de las armas, de la instrumentalización de la población civil, y de la no responsabilidad de las consecuencias de sus acciones. En esta lógica no hay responsables sino reacciones a las acciones del otro, y las víctimas son costos inevitables. Una presentación sucinta de los discursos y auto-representaciones de cada una de las partes aparece en la Separata Especial “ El desplazamiento forzado en Colombia” del CINEP y la Fundación Social, de la Revista Alternativa, No. 16, (Dic. '97-Feb. '98).

⁶ CASTRO, J.A. y GARCÍA, Mauricio, clasifican en 5 tipos las perspectivas analíticas más frecuentes: descriptiva y anecdótica, “cientifista”, “terrorismo de estado”, historias de vida, y comprensión estructural y dinámica. Cfr. “Desplazamiento por la violencia, una lectura teológico-espiritual”. (Borrador para la Discusión) s.f.

género como una óptica convergente con otros esfuerzos analíticos.⁷

Por otra parte, en los estudios sobre el tema parecen gravitar tensiones entre enfoques macro y micro estructurales, y correlativamente entre opciones metodológicas cuantitativas y cualitativas, que pueden tener alguna correspondencia con esquemas de división del trabajo no ajenas a la preocupación antes mencionada.⁸

Si bien no es este el espacio ni el momento para abordar esta discusión, cabe anotar que los análisis políticos y económicos, generalmente más formalizados e interpretativos tienden a situarse en el eje del **desplazamiento**, mientras que los que focalizan los **individuos** y los **hogares** tienden al análisis psicológico y cultural, a los enfoques fenomenológicos, a la descripción de casos mediante los recursos de historias de vida y de formas testimoniales. En relación con lo

⁷ Aquí se utiliza el término sexo como el referente empírico del género. Pese a que para algunas autoras es un concepto aún insuficientemente desarrollado, busca dar cuenta de la construcción socio-cultural compleja, históricamente variable de lo femenino y lo masculino. Para efectos de la presente discusión interesa resaltar cómo las diferencias sexuales (aparentes y funcionales) entre hombres y mujeres, se traducen en un sistema estereotipado y más o menos rígido de papeles y lugares sociales, que articulan las relaciones de poder-dominación en un contexto de guerra. En Arango, León, Viveros (Comp.) Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino. Bogotá: Tercer Mundo-Uniandes-U. Nacional, se recogen líneas centrales de los debates sobre tema.

⁸ Aunque encuentro discutibles algunos puntos, es sugestivo el documento "Estructura Familiar, Niñez y Conflicto Armado. Informe de Investigación", (septiembre de 1997). Facultad de Derecho, Universidad Nacional.



anterior, en la vertiente de los estudios de género pueden encontrarse claves muy sugestivas hacia el quiebre de estas dicotomías poco conducentes y quizás hacia un diálogo de saberes y de modos de relación más fecundos.

"...Uno trata de sobrevivir y seguir pero son muchas las heridas que no cicatrizan. Los nietos son como la semilla de mis hijos... Lo que jamás voy a perdonar es que hayan matado al papá delante de los hijos"

Entrevista -Montería. 1996.

El género y lo generacional

Los desplazamientos forzados de población (tanto si se trata de refugiados como de desplazados internos según una distinción ya consagrada) se han asociado conceptualmente con características de nacionalidad y/o étnico-raciales (vistas como problemas de minorías, de sus identidades y relaciones) y con dimensiones de clase y de dominación política, entre otras, pero apenas recientemente se ha comenzado a hacer conciencia sobre otros marcadores sociales de diferencia que como el **género** y lo **generacional** actúan como vectores selectivos de expulsión territorial

La edad y el sexo de las personas suponen formas peculiares de relación con la violencia, que se traducen en grados y tipos de riesgos de agresión, de probabilidades de morir o de sobrevivir y

de ser desplazado. Estas diferencias implican también impactos diferenciales sobre la calidad de vida de los hogares y la reedición de proyectos de vida individuales y colectivos.⁹ A partir de las observaciones de campo y del trabajo sobre distintas fuentes, puede hacerse el siguiente esquema analítico. Al hacer esta tipificación abstracta, simplificada por definición, sobre los lugares predominantes de inserción social no se desconoce la riqueza empírica de formas paralelas que, sin ser centrales, señalan tendencias de cambio, modalidades de rebeldía y disensión, casos desviados u otras, con implicaciones distintas frente a la muerte y a la agresión.

a) El género, como construcción simbólica de las diferencias entre hombres y mujeres y como principio de estructuración de las relaciones sociales, opera consecuentemente haciendo de los hombres, jóvenes y adultos, el eje de gravitación de los grupos armados, de las organizaciones políticas, sindicales, cívicas y comunitarias; por tanto, en su calidad de agentes sociales, son también las víctimas prioritarias y directas de los asesinatos, las masacres, las torturas y las desapariciones. Así, aunque la

⁹ Cfr. SEGURA ESCOBAR, Nora, otros. "La mujer desplazada y la violencia". Informe de Investigación para la Consejería Presidencial para los Derechos Humanos. Bogotá, (marzo de 1996). Varios trabajos elaborados con Donny Meertens aportan, con un buen soporte empírico, alguna hipótesis preliminares sobre la relación género y violencia. Véanse de Nora Segura y Donny Mertens. "Desarraigo, Género y Desplazamiento interno en Colombia", en Revista Nueva Sociedad, No. 148, (marzo-abril 1997). "Uprootedness, Gender and Internal Displacement in Colombia" en Beyond Law, Vol. 6, Issue 17, (January 1997).

población masculina desplazada está sub-representada con respecto a su participación en el total de la población colombiana, los hogares con jefatura masculina duplican los encabezados por una mujer, según cifras de CODHES-SISDES-I, entidad que ha estado registrando sistemáticamente estos movimientos.

A su turno las mujeres adultas y las jóvenes, muchas de las cuales han entrado en esa categoría en virtud de una maternidad temprana, son víctimas de violencia por sus relaciones afectivas con combatientes presuntos o reales, por ser habitantes de una localidad, por ser señuelos del terrorismo o por otras razones que no tienen una referencia explícita a la condición de actor social. Esta relación, vicaria relativamente, con la violencia, les da mayores probabilidades de supervivencia por lo cual tienen una sobre-representación porcentual entre los desplazados y un papel central en la reestructuración de la vida cotidiana.

Pero para ellas la violencia sexual es una modalidad específica de agresión que, si bien no suele desembocar en la muerte, conlleva secuelas de varios órdenes desde embarazos no deseados, contagios venéreos y otras marcas visibles en el cuerpo y la salud, hasta señales de orden emocional no visibles ni reconocibles. La violación sexual tiene una doble connotación de poder: el dominio y la afirmación del macho sobre la hembra y, simultáneamente, la



Milena Arango

humillación del “enemigo” vencido y la descalificación de su hombría para defender su territorio. Por eso, la violación sexual sistemática o episódica de las mujeres es un elemento inherente a la guerra y común denominador atávico de las formaciones del género.¹⁰

La incorporación activa de la mujer en organizaciones armadas, políticas, sindicales, comunitarias y religiosas, le implican ampliar sus formas de

¹⁰ Debe partirse de un sub-registro incalculable de estas formas de violencia sobre la mujer, que no atañe solamente al contexto de la guerra sino a la cotidianidad en condiciones de paz. Para un panorama más amplio pueden verse algunos testimonios del caso colombiano incorporados en la bibliografía aquí mencionada. En el plano internacional véase, por ejemplo de Gloria L. Alibaruho “The rebuilding and reconstruction of fractured communities” Background paper for the Symposium (24-26 November 1997), Colin Powell Center for Public Policy, City College New York.

exposición a la violencia directa (similares a las del hombre) sin que desaparezcan las de su condición femenina.¹¹

b) La edad, como se mencionó antes, maximiza en los jóvenes de ambos sexos los riesgos de muerte, agresión y suspicacias por parte de los distintos

¹¹ Aparte de la insurgencia armada sobre lo cual se tiene más información, es difícil precisar el grado de incorporación femenina como combatiente en grupos paramilitares, y menos aún su grado de compromiso y sus modalidades en el ejercicio de la violencia. Por otra parte, en la aplicación de torturas y otras maneras de quebrar la resistencia de las mujeres presunta o efectivamente vinculadas a la insurgencia, su sexualidad es receptora privilegiada de agresión como ha sido ampliamente documentado en la historia latinoamericana reciente, Colombia incluida. Para un tratamiento más sistemático véase el artículo de Donny Meertens en esta misma edición.

agentes de violencia así como de presiones para incorporarse en sus filas. Los menores de edad,¹² que se suponen

¹² En las sociedades campesinas la categorización por edad es más simple que en las urbanas, por referencia a las estructuras laboral, escolar y familiar. Así, en las prácticas sociales y en los imaginarios colectivos, infancia, juventud, madurez, vejez, tienen referentes normalmente discrepantes de sus equivalentes urbanos y desde luego con especificidades propias para hombres y mujeres. Legalmente en Colombia es menor de edad quien esté bajo los 18 años, edad que rige más en lo penal que en lo civil y aún menos en lo laboral. Para las estadísticas oficiales la actividad laboral existe desde los 12 años de edad puesto que las condiciones económicas y sociales de la mayoría de los hogares, en grados variables, imponen a niños y adolescentes responsabilidades propias de los adultos. Para las niñas de sectores populares la sustitución de la madre en tareas domésticas es con mucha frecuencia una de las estrategias de supervivencia y la condición para la generación de ingresos de la madre. Además el ingreso temprano en las relaciones sexuales y en la maternidad, con lamentable frecuencia de manera incestuosa y/o violenta, acortan aún más las fronteras de su infancia.

no reclutables a la luz del Derecho Internacional Humanitario, en el contexto de la guerra quedan librados a sus riesgos desde muy temprana edad.

“...Esta es una región machista. Por eso la mujer del campo es más sumisa. La mujer del pueblo sabe enfrentarse a nuevas situaciones y decide. En el campo el hombre manda sin discusión y la mujer tiene hijos y atiende la cocina. Es muy triste porque no sabe ser mujer... La mujer desplazada que ha llegado a la ciudad logra características distintas, más importantes que las de la mujer del campo”.

**Luis Enrique Osorio
Párroco de Yondó
durante seis años.**

Ahora bien, la presencia de niños y jóvenes en los grupos armados no procede del reclutamiento forzoso ni expresa motivaciones simples o decisiones racionales como distintas lecturas interesadas lo proponen. Es necesario reconocer un amplio repertorio de dimensiones, imágenes y agentes en combinaciones distintas y relativas al contexto familiar y al entorno específico. La fascinación por las armas, el uniforme y el poder que comportan; la falta de alternativas económicas y culturales en su entorno familiar y comunitario, la huida de relaciones de violencia intrafamiliar, la promesa de aventura y/o de relaciones afectivas, la incorporación previa de parientes o vecinos, son algunos de los

elementos por examinar. No obstante, dentro de la población desplazada los menores de 14 años de ambos sexos tienen un peso importante aunque mayor para las mujeres.

El “balance de género”

Conceptualmente el desplazamiento puede pensarse por referencia a la reconstrucción del mundo cotidiano y la reedición de un proyecto de vida.¹³ Operacionalmente puede concretarse en un período de transición, que media entre el éxodo y la geo-referenciación concreta de un proyecto de vida, independientemente que ésta remita al retorno, la re-ubicación o la permanencia en el lugar de llegada.

Metafóricamente el desplazamiento es el paréntesis que la violencia impone en el marco vital individual y familiar pero no opera en un vacío socio-político, tampoco implica la ruptura absoluta con el pasado ni es neutro a la luz de las estructuras y prácticas signadas por el género. Lo que sucede en ese paréntesis, la temporalidad y los procesos que

¹³ En un proyecto de investigación en curso, con Donny Meertens, trabajamos la idea de “proyecto de vida” como un intento conceptual y técnico de mediación entre lo público y lo privado, y lo individual y lo colectivo. Muy preliminarmente corresponde a lo siguiente: La idea de ‘proyecto de vida’ connota futuro, prefiguración, planeación, control, por contraste con la idea de ‘estrategias de supervivencia’ que hace énfasis en el presente, a una visión de mera subsistencia. Por el contrario, en nuestra propuesta el énfasis se sitúa en la intención, la voluntad de superación, el deslinde con la posición de víctima inerte, de objeto pasivo de la adversidad. Aunque sea un producto individual supone tanto en su “diseño” como en su desarrollo la inclusión en una trama de relaciones y de recursos “externos”.

involucra, es una función de la relación fragilidad-desprotección familiar y riqueza-seguridad del medio receptor.

Esto último reclama la movilización real y efectiva de diferentes actores con grados distintos de responsabilidad frente al problema. Pero también debe considerar un cúmulo de condiciones individuales y familiares de las víctimas (redes de apoyo, capital sociocultural acumulado, profundidad de los traumas económicos y emocionales, etc.) y las características del éxodo, que en su conjunto configuran el grado y profundidad de las fracturas y continuidades, cuya evaluación permite establecer grados de necesidad diferencial y estrategias más adecuadas de atención.

Ahora bien, las diferencias de género y generacionales en el proceso de transición cobran una enorme importancia en esta perspectiva, ya que no es suficiente focalizar la diferenciación inter-hogares sino también las que operan en el interior de estos, so pena de desestimar recursos internos para la superación y formas de desprotección específicas que la entorpecen.

Nuestras experiencias de trabajo y las provistas por organizaciones y personas que trabajan con la población desplazada arrojan suficiente evidencia sobre lo que hemos llamado provisionalmente el “balance de género” que grosso-modo corresponde al impacto diferencial del desplazamiento por sexo y edad.

Muy esquemáticamente formulada, la idea es que, en virtud de la asimetría en las trayectorias existenciales y relacionales articuladas al género, las pérdidas son igualmente asimétricas. Las mujeres se ven más afectadas por la fuerza destructora del éxodo y el desarraigo de lo que era su mundo limitado de relaciones primarias en el campo, mientras que los hombres, en el lugar de llegada sufren con mayor rigor la pérdida de la preeminencia masculina fundamentalmente centrada en su papel de proveedor económico.

En otras palabras, el trabajo doméstico constituye para la mujer un vehículo de la reparación, no sólo por la continuidad en el punto de llegada, sino por su redefinición laboral y la ampliación del marco vital (servicio doméstico, acceso a ingresos, nuevas sociabilidades y destrezas). Además la maternidad se constituye en otro vehículo de continuidad y una fuente de arraigo ligado su prioridad en la identidad femenina (frente a otras relaciones incluida la conyugal).

Por el contrario, en el varón normalmente la magnitud de las pérdidas no se corresponde con recursos hacia la reparación que le permitan reeditar un proyecto de vida. La ruptura laboral y de las redes relacionales en torno de ella, así como las pérdidas en la identidad y en la auto-estima ligadas al desempleo se condensan en la pérdida de la autoridad legitimada en la provisión económica.

A su turno, la menor edad relativa de los sobrevivientes actúa a favor de un proceso de transición más corto y de elaboración de un proyecto de vida personal (que incluye



Simón Mejía

o no la familia de origen) mientras que la edad avanzada es un factor de dificultad que tiende a su prolongación.

Con la discusión anterior se ha pretendido sugerir claves interpretativas, provocar miradas desprevenidas, formular líneas de trabajo y discusión en la convicción de que un conocimiento más completo de los dramas de la guerra y de sus víctimas, puede redundar en una mayor capacidad de la sociedad colombiana para actuar

sobre sí misma. Por otra parte, se ha intentado entender en qué medida el desplazamiento no es sólo destrucción sino también construcción de alternativas, de qué manera la destrucción no es necesariamente negativa en todas sus dimensiones y de qué formas es posible hacer menos traumáticos sus efectos corrosivos sobre el tejido social y sobre sus víctimas.

